

PALABRAS DE ERNESTO FABRE, PRESIDENTE DE LA ACADEMIA ARAGONESA DE GASTRONOMÍA, AL COMENZAR EL ACTO

Un hombre, bueno y cabal, al que llegué demasiado tarde en su vida como para ser su amigo pero no como para conversar como si lo fuéramos, me dijo que “nadie muere... hasta que se le olvida”, y yo, no puedo estar más de acuerdo con él. La vida de los que han muerto está en la memoria de los vivos. La verdadera muerte radica en el olvido. François Mauriac, Premio Nobel de Literatura en 1952 y uno de los más grandes escritores católicos del siglo XX, afirmó que “La muerte no nos roba a los seres amados. Al contrario, nos los guarda y nos los inmortaliza en el recuerdo”.

El tiempo avanza de manera inexorable, nos arrastra en su corriente sin que percibamos su paso. Se lleva consigo las vidas y los recuerdos que dejaron las personas con las que hemos compartido nuestro camino. A medida que pasamos por este mundo, dejamos una huella en aquellos que nos rodean, y es a través de esos recuerdos que nuestra existencia sigue viva en la memoria de otros. Sin embargo, cuando esos recuerdos se desvanecen y nadie nos recuerda, es cuando realmente morimos. Recordar es el mejor homenaje que podemos hacer a los que nos dejaron. Los que pierden la memoria, aquellos que no recuerdan a los suyos, pierden su identidad. Por eso la Academia Aragonesa de Gastronomía ni quiere, ni puede olvidar a los académicos que han muerto desde su fundación, a los que recuerda con estas páginas.

Al escribir estas líneas me viene a la cabeza la sentencia de Bernardo de Chartres, filósofo y teólogo francés del siglo XII, recogida en el *Metalogicon* por su discípulo Juan de Salisbury: “Somos como enanos sentados sobre los hombros de gigantes para ver más cosas que ellos y ver más lejos, no porque nuestra visión sea más aguda o nuestra estatura mayor, sino porque podemos elevarnos más alto gracias a su estatura de gigantes”.

Estas palabras nos llevan a reconocer y apreciar la contribución de aquellos que nos han precedido en la Academia Aragonesa de Gastronomía, aquellos que nos han permitido auparnos a sus hombros para ver más lejos. Cada paso adelante se debe, sin duda, a muchos otros pasos dados por nuestros predecesores y no supone más que el inicio del paso que vendrá inevitablemente después.

En la historia de la Academia Aragonesa de Gastronomía hay mujeres y hombres cuyas contribuciones han dejado una huella imborrable en el mundo gastronómico. Son los académicos que, a través de su incansable trabajo y dedicación, han llevado a la academia a estar en el lugar donde hoy está. Aunque algunos murieron su legado continúa vivo y nosotros debemos conservar y difundir su herencia. Los académicos a los que aquí honramos han dejado un legado que inspira a las generaciones actuales y que perdura en el tiempo mucho después de su muerte.

Cuando nos sumergimos en las vidas y en los escritos de los académicos fallecidos recorreremos un mundo rico de sabiduría acumulada. Sus obras son un tributo eterno a su esfuerzo y pasión por la gastronomía. Cada uno de los obituarios que aquí se presentan reflejan trayectorias biográficas plenas de talento y mérito trazadas por mentes brillantes y apasionadas.

No se me entienda que cuando esto escribo quiero encadenar a la Academia Aragonesa de Gastronomía a su pasado, ni condicionar su presente, digo eso sí, que debemos tener la fuerza necesaria como para no enterrar en el vacío inmenso del olvido a los que fueron hoy, presente, mañana, memoria y recuerdo... todo en la academia. Es nuestra responsabilidad mantener viva su memoria, reconocer su impacto y asegurarnos de que sus contribuciones nunca sean olvidadas. Es nuestro deber recordarlos y honrarlos, como aquí se hace.

Ernesto Fabre
Presidente
Academia Aragonesa de Gastronomía